

“Escenarios de la descomposición”

GUILLERMO FABELA QUIÑONES

AHORA QUE ME ACERCO rápidamente a la tumba, quisiera detener el tiempo para vivir un poco más, corregir tanto error que cometí a lo largo de mis muchos años en este mundo, y darme la satisfacción de poner en su lugar a tanto hijo de puta que tuve que soportar por convenir a mis intereses. Sin embargo, cada hora que pasa veo que mi carrera toma más velocidad, hacia el infierno seguramente, donde mis enormes riquezas no servirán para abrirme las puertas del cielo.

Ahora me doy cuenta del apego que le tengo a la vida, y nada puedo hacer por prolongar mi estancia en este paraíso, que me duele dejar a pesar del hastío que muchas veces me invadió, a partir de la etapa en que la vejez se hizo presente en cada una de mis acciones y de mis pensamientos. Tuve la fortuna de superar la neurastenia de la tercera edad, y volverme un anciano bonachón y comprensivo, lo que me ganó simpatías que no supe valorar por tanto convencionalismo que rige nuestra conducta. ¡Cuántos disgustos tuve con mis propios hijos y nueras por ese afán de fijarme reglas que yo mismo les había impuesto! Entonces, en la soledad de mi estudio, me arrepentía de haberme dejado llevar por la intolerancia y por comportamientos ajenos a nuestra propia naturaleza humana. Todo por el absurdo fin de quedar bien con los de nuestro exclusivo círculo social. ¡Vaya estupidez!

Lo que más me apesadumbra es dejar a mis nietos más chicos sin el contrapeso de mis consejos de última hora, esos que logré concebir al abrigo de mis achaques de viejo perturbado por sus recuerdos. Yo mismo llegué a decirme que quien hablaba por mi boca no era yo, sino Dios, que me estaba dando la oportunidad de conocer la sensatez y el sentido común. Es cierto que por los resultados de mis hechos no me faltó ni una cosa ni la otra, pero las encaucé hacia fines meramente mercantiles, como todo en mi vida, guiada por ancestrales principios prácticos y de apego a los bienes terrenales. Bajo ellos van a crecer mis nietos, lo sé, y nada puedo hacer por evitarlo. No porque esté impedido, apenas con un hilito de voz, con mis escasos movimientos que sólo me recuerdan para qué sirven los músculos, sino porque no debo hacerlo, so pena de renegar de mis antepasados. Pero mucho me gustaría hacerlo, para quitarles de encima esa carga histórica que acaba deshumanizando a quien la lleva, como a mis padres, a mis abuelos y a todos mis antepasados. Quizás con un poco más de tiempo en este mundo, con mis sentidos en pleno uso, podría hablarles a mis nietos de lo que significa ese pesado lastre cultural, y que ellos a final de cuentas tomaran el camino que les pareciera mejor. Lo haría, aun cuando mis hijos y nueras renegaran de mí, me juzgaran loco y quisieran recluirme en un manicomio.

Confesiones de un moribundo

Escrito por Guillermo Fabela Quiñones
Sábado, 20 de Junio de 2009 21:34

